

José Luis Sánchez

MIEDO EN LA CARA DEL RIVAL

Por qué el Real Madrid
es el club más admirado y temido

la esfera  de los libros

Índice

<i>Prólogo</i> , por ROBERTO CARLOS	15
INTRODUCCIÓN	21
1. SOLO ERA EL COMIENZO	25
Rodrygo silencia San Siro	25
El Sheriff da el susto	28
Kiev, un viaje especial	32
De Ucrania a China	33
2. A VUELTAS CON LOS FICHAJES	38
Sorteo inaudito	38
Objetivo Kaká	40
Mourinho juega al escondite	43
Sentirse Butragueño	45
3. LA SILLA DE ALABA	49
Courtois bien vale un sufrimiento	49
París merecía la revancha	50
No era solo fútbol	52
De Mbappé a Figo	56
Un icono para la historia	58
Cuentas saldadas con los ochenta	61
4. «NOVENTA <i>MINUTI</i> EN EL BERNABÉU...»	66
La sinfonía de Stamford Brigde	66
Nunca es suficiente	71

	Disfrutar del sufrimiento	72
	Un exterior de leyenda	77
	El bautizo de Rüdiger	81
5.	NUNCA LES DEIS POR MUERTOS	83
	¿Destinados al matadero?	83
	Los tacos de Courtois	90
	La «busiana» empezó en 2013	93
	La mágica no remontada	98
	Descuentos de locura	103
	Bale encendió Lisboa	109
	Seis minutos eternos	115
6.	LAS FINALES NO SE JUEGAN, SE GANAN	120
	Una pésima organización	120
	La noche que ETA vació el Bernabéu	123
	Francia fue madridista	126
	Albania, tierra conquistada	127
	Ni un destino sin madridistas	129
	De una Copa amarga...	131
	... al éxtasis de la Novena	134
	Y con Vinícius, tan tranquilos	137
	La Champions de nuestras vidas	144
	La Champions institucional	146
7.	¿¿¿QUÉ ES EL MADRID??!!	155
	Explicando lo inexplicable	155
	Minutos que son siglos	157
	Mourinho reactivó al madridismo	161
	Un niño entre gigantes	165
	Madridista desde la cuna	168
	El «7» de mi camiseta	169
	Más valorado fuera de España	180
	Buyo, de ídolo a amigo	186
	Fichajes madridistas	187

8. EL ADN NO ES SOLO FÚTBOL	201
Misión imposible en Vitoria	201
Rompiendo la historia	206
Objetivo: la Undécima	215
El Real Madrid, un adelantado a su tiempo	218
<i>Epílogo</i> , por ANTONIO GARCÍA FERRERAS	227
<i>Agradecimientos</i>	229

Prólogo

Fue en 1996. Ni siquiera había terminado la temporada con el Inter de Milán, club al que estaré siempre agradecido porque fue quien confió en mí para dar el salto desde Brasil a Europa, cuando se inició una relación que no terminará nunca. Me llamaron para decirme que el Real Madrid estaba interesado en mí, que le gustaba mucho al que iba a ser su entrenador, Fabio Capello, la temporada siguiente. No me lo pensé, tenía que decir que sí. Desde pequeño siempre había escuchado las leyendas sobre el mejor club del mundo y siempre había soñado con ponerme esa camiseta, la famosa camiseta blanca. Desde el primer día noté que había encontrado mi sitio, que estaba en el lugar correcto. La dimensión que se alcanza cuando fichas por el mejor club del mundo solo eres capaz de comprenderla estando dentro, jugando partidos, marcando goles, viviendo los viajes, la llegada a los hoteles, aeropuertos, entrenamientos, estadios o eventos a los que vas, y que siempre están repletos de gente. Todo el mundo te reconoce como jugador del Real Madrid. Por aquel entonces, yo ya era internacional por Brasil, ya era un jugador reconocible en Sudamérica y había empezado a llamar la atención en Europa, en Italia, pero todo cambió cuando llegué a España. Era maravilloso, era extraordinario sentir el cariño de todos los seguidores

madridistas tratándome como uno más, en un año que fue muy ilusionante para el club. Te cambia la perspectiva, te das cuenta de la magnitud de la entidad y de lo que significa para todos sus seguidores cualquier guiño, foto o autógrafo que les dedicas. Estábamos construyendo el equipo que, treinta y dos años después, reconquistaría la Copa de Europa para el Real Madrid con aquella inolvidable final en Ámsterdam. Yo no sabía cuánto tiempo iba a permanecer en el Real Madrid; sabía y conocía de su exigencia, de la importancia de ganar títulos y de esa obsesión que había por recuperar el dominio, a la que siempre hemos considerado nuestra competición, pero no imaginaba que pasaría once años defendiendo a este club. Podría revivir todos los detalles de cómo nos cambió la vida aquel 20 de mayo de 1998 en aquella histórica final contra la Juventus, la liberación que sentimos y lo que vivimos cuando regresamos a España y vimos cómo el madridismo se había echado a la calle para recibirnos y celebrar con nosotros el título más esperado, pero me faltarían líneas para expresar el estallido de alegría que supuso el final del partido, la posterior celebración con los preparativos que había encargado el equipo italiano, la llegada a Madrid, sí, la llegada a Madrid, no recuerdo casi nada parecido y eso que cuatro años después levanté la Copa del Mundo. Fueron días muy muy especiales, días para disfrutar, para saborear un éxito maravilloso y que nos hacía eternos para el club. Formé parte de un equipo maravilloso que dio la primera de las muchas alegrías que vinieron después.

No puedo ocultar que la Séptima nos cambió la vida. Era el lateral izquierdo titular, había sido decisivo con aquella asistencia, sí, parecida a la que di a Zidane en Glasgow, y estaba en el mejor club del mundo. Fue pasando el tiempo y fui acumulando partidos, goles, títulos, experiencia. No puedo negar que estoy muy orgulloso de haber sido uno de los jugadores extranjeros con más partidos, llegué hasta los 527, marqué 70 goles, muchos de ellos todavía me los recuerdan los aficionados que me saludan y me comentan lo que disfrutaban con mi zurda. Aquel inolvidable gol al

Tenerife desde prácticamente la línea de fondo, el gol de falta al Barcelona desde 40 metros, mi conexión con Zidane en la banda, el beso que me daban en la cabeza como ritual, los lanzamientos de falta; son tantos y tantos los recuerdos que es muy difícil quedarse con solo uno. Fui campeón del mundo con Brasil en 2002 cuando ya llevaba seis temporadas en el Real Madrid y compartía vestuario con auténticos fenómenos. Desde que firmé en 1996 ya no me he quitado el apellido Real Madrid en ninguno de los países que he recorrido como jugador o una vez retirado. Soy Roberto Carlos, jugador del Real Madrid. Así es, y así me gusta que sea. Jugar en el Bernabéu te lleva a otra dimensión. Así lo hemos vivido jugando partidos en Estados Unidos, Japón, China, Tailandia, Italia, Inglaterra, Alemania. Da igual el rincón del mundo donde vayas, siempre hay un aficionado madridista que te va a reconocer, te va a pedir una foto o, incluso, tendrá una camiseta tuya de la época en la que eras jugador.

Yo he vivido y he sentido lo que es jugar en el Santiago Bernabéu. Es una experiencia increíble. Lo conocí por primera vez en el verano de 1994, el Palmeiras, mi equipo por aquel entonces, había sido invitado a jugar el Trofeo Santiago Bernabéu. Lo recuerdo como si fuese hoy mismo, me quedé impresionado. El aura que desprendía, la magia incluso estando vacío me conquistó, pensé: «tengo que jugar aquí algún día». El sueño se cumplió con creces. De aquella visita no me quedé con el resultado, perdimos, como es habitual en los rivales que visitan nuestro estadio, me quedé con la sensación de grandeza, impactado por cómo mirabas hacia arriba y no se acababan nunca las gradas, veía gente por todos los lados. Yo, por aquel entonces, lucía el dorsal «6», el mismo que con la selección brasileña, y durante el calentamiento estuve durante bastante tiempo admirando el escenario donde íbamos a jugar y donde íbamos a mostrarnos al fútbol europeo, porque todos éramos conscientes de la repercusión que tendría aquel encuentro en nuestras carreras. Era un 31 de agosto, veníamos de construir un equipo muy temido en Brasil, así que

la llamada desde España para jugar el trofeo del club más prestigioso del mundo era un motivo de orgullo, un premio añadido a nuestro gran rendimiento. Además, esa noche también tuve mi pequeño protagonismo. Cómo no, una arrancada por la banda izquierda, la primera de las muchas que haría en años posteriores vestido de blanco, terminó en una asistencia a Evair (1-2) para que el Real Madrid, como siempre, tuviese que remontar un partido. Nosotros no estábamos acostumbrados a ese escenario tan imponente, sí conocíamos la «leyenda blanca» y la sufrimos en nuestras carnes. En un abrir y cerrar de ojos habían dado la vuelta al marcador y nos quedábamos sin trofeo, pero aquella sensación quería volver a vivirla, quería sentirla, quería ser partícipe de esas remontadas, sentir cómo sonaba el Bernabéu tras un gol favorable, o cómo rugía la afición cuando el equipo la necesitaba para conseguir esas misiones imposibles para algunos, pero reales para el Real Madrid.

Esos años los viví y los disfruté al máximo. Aquel partido de vuelta de los cuartos de final contra el Bayern de Múnich camino de la Novena en una noche lluviosa en la que remontamos la desventaja sufrida en Alemania, con el Bernabéu encendido y llevándonos a superar a aquel formidable equipo en la segunda parte, y luego la semifinal de esa misma temporada contra el Fútbol Club Barcelona que hizo que Glasgow fuese una realidad. Siempre me he sentido afortunado y no pude tener más suerte en mi carrera como madridista que disputando mi último partido en otra mágica remontada. Era 2007, ya había decidido poner el punto y final a mi etapa blanca, así lo había anunciado meses antes y cada partido intentaba disfrutar al máximo, exprimir cada segundo con ese escudo en el pecho y, por fortuna, el destino me brindó un final inimaginable. Nos jugábamos la Liga en la última jornada ante el Mallorca y, cómo no, se nos complicó el partido. Solo nos valía ganar para llevarnos el Campeonato y nos encontramos con dos mazazos; de nuevo, tocaba tirar del Santiago Bernabéu, y como siempre, nos lo puso muy fácil. Sabía que no

podía despedirme así, que esta maravillosa historia tenía que tener un final feliz... y lo fue. Logramos una vez más derribar todos los contratiempos que nos encontramos y pude festejar, celebrar, vibrar y decir adiós desde lo más alto, con un título, el último como jugador de mi Real Madrid, el decimotercero en total. Jamás habría soñado poder estar en tantas celebraciones, llenar la vitrina con tantos trofeos... Sin duda, son importantes, pero nada comparable a haber tenido la inmensa suerte de defender la camiseta más prestigiosa durante once temporadas.

Me fui del Real Madrid, pero el Real Madrid siguió estando dentro de mí. Seguí jugando hasta que me retiré y esperé, como sabía que iba a llegar, la llamada para volver. Cuando Florentino Pérez me ofreció ser embajador, reviví las mismas sensaciones que cuando quisieron ficharme como jugador. La importancia de representar al mejor club del mundo es emocionante y muy gratificante. No nací en Madrid, pero me considero un madridista de corazón, un sentimiento que siempre estará conmigo.

ROBERTO CARLOS

Introducción

«Te vas a París». Cuatro palabras que cambiaron mi vida. Era el año 2000 y estaba de prácticas en el Departamento de Comunicación del Real Madrid, apenas llevaba unos días, todavía no estaba familiarizado con los compañeros, ni con el método de trabajo, ni siquiera había asimilado lo que significaba que «mi oficina» fuese el Estadio Santiago Bernabéu. De repente, pasas de estar en la grada a que tu trabajo esté dentro de este. Todo era vertiginoso. Ahí estaba yo, ante mi primer viaje como periodista, ni siquiera estaba cerca de acabar la carrera, cursaba segundo de Periodismo cuando me surgió la oportunidad de hacer prácticas en la *Revista Real Madrid* y en lo que, por aquel entonces, era adentrarse en el mundo de lo desconocido: la página web oficial del club. El proceso lógico en el mundo del periodismo deportivo es empezar por clubes de menor rango, hacer contactos con jugadores, entrenadores, presidentes, acudir a partidos donde a veces es un milagro tener algo que contar y, de repente, tu primera cobertura es una final de la Liga de Campeones.

«Solo tienes un objetivo». Ese fue el encargo. Había que localizar a una peña del Real Madrid que hiciese el trayecto Madrid-París... ¡¡en autobús!! Subirse con ellos y hacer las dieciséis horas de trayecto hasta el Stade de France. Cámara en mano y una

mochila llena de ilusión fueron mi equipaje. ¿Quién no soñaría empezar así? ¿Quién no estaría en una burbuja ante ese reto, primer reto como proyecto de periodista? El viaje, el cansancio, los kilómetros devorados a la carretera son un maravilloso recuerdo. El partido, el primero de una larga colección de acreditaciones, entradas, pases, *tickets* que se acumulan tras veinticuatro años de carrera. Ganó el Madrid, sí, 3-0 al Valencia, con aquella interminable carrera de Raúl González con la defensa che corriendo cual galgos detrás del legendario «7» antes de que regatease a Cañizares y certificara el resultado definitivo.

«¿Qué traes?», fue la pregunta al regreso. Como el tiempo pasa y la tecnología también, todavía las cámaras llevaban carretes, no era todo instantáneo y no se posteaba cada momento del viaje. Había que revelar el carrete y comprobar si el trabajo había merecido la pena. Hay que reconocerlo, no fue mi mejor reportaje, pero había sido el pistoletazo de salida para un sueño que todavía continúa. Mayo de 2000. Dos años antes, Pedja Mijatović había logrado el tanto que dinamitó el bloqueo que sufría el Real Madrid desde 1966 en la Copa de Europa. Ha sido, hasta el momento, la única final de la Liga de Campeones que no he visto en directo. París, Glasgow, Lisboa, Milán, Cardiff, Kiev y París de nuevo. Siete citas inolvidables, siete títulos. Entrevistar a Sergio Ramos tras su gol en el Estadio de la Luz, hablar con Cristiano Ronaldo tras su penalti en San Siro o entrevistar al hombre que levantó la Decimocuarta en el Stade de France, a Marcelo Vieira. Digamos que cuando empezaba en el mundo del periodismo no soñaba con este palmarés. Ni siquiera sabía cómo iba a terminar aquella aventura como becario en una oficina a la que se accedía por la mítica rampa del antiguo Santiago Bernabéu.

Pero no solo se vive de la Copa de Europa (aunque debería convalidarla para cualquier experiencia vital). El mundo del periodismo, del fútbol, del Real Madrid me ha permitido recorrer todo el mundo. Desde Tailandia a Brasil, pasando por Albania, Finlandia, Estados Unidos, China... ¡¡¡China!!! Siempre me he

considerado una persona afortunada, muy afortunada, por lo que he podido vivir. En algo habré colaborado, pero es cierto que me han tocado épocas maravillosas. En este libro quiero transmitir mis vivencias de más de dos décadas acompañando al mejor club de la historia. Desde la Octava en París hasta la llegada de Florentino Pérez a la presidencia, pasando por los Galácticos, la «Liga de las Remontadas», el verano de 2009 con la llegada de Kaká, Xabi Alonso, Benzema y Cristiano Ronaldo, hasta esta segunda etapa dorada del Real Madrid.



Un pin del Real Madrid, un tesoro para un policía chino durante la gira de 2005.

«Un pin y pasas». Esa petición cumplida me valió para acceder a la Ciudad Prohibida de Pekín, cerrada con ocasión de la visita de los jugadores blancos. Pese a que íbamos dentro de la expedición del Real Madrid, digamos que las fuerzas de seguridad chinas no eran las más cordiales que he conocido. Como siempre que íbamos a cualquier destino, había que hacer acopio de provisiones: pines y llaveros. Vaya por delante que ese becario que entró en el año 2000 a leer cartas de aficionados, hacer test a los jugadores,

cubrir la sección de baloncesto y ejercer de *chico para todo*, logró firmar su primer contrato profesional. A veces, era más importante tener los bolsillos llenos de presentes que tener el ordenador encendido, porque los jugadores, los directivos, siempre iban con la policía o la seguridad de turno abriendo camino, pero los *humanos* teníamos que sortear más barreras.

¿Quién no recuerda la llegada a Kunming (China) en 2003? Florentino Pérez había logrado juntar a Luís Figo, Zinedine Zidane y, ese verano, había conseguido el fichaje más mediático: David Beckham. Todo se multiplicó, todo se fue de madre. Incluso ídolos perseguidos por los aficionados y los medios de comunicación pasaban a un segundo plano. Carreras, persecuciones, detenciones para frenar la euforia por estar cerca del jugador inglés. Pero no se crean que fue un momento puntual. A lo largo de este maravilloso recorrido ha habido recibimientos increíbles. Cuando llegas al Real Madrid, cambias de dimensión. Pasó con David Beckham, pero también con Cristiano Ronaldo, con la explosión de Vinícius Júnior, el primer año de Zinedine Zidane en España. ¿Díganme qué club arrastra a tanta gente? No hay aeropuerto, hotel, llegada o salida sin aficionados esperando a las estrellas madridistas. Vivir en primera persona, incluso (como contaré en estas páginas) hacerte pasar por uno de ellos, son vivencias que estarán siempre conmigo. La admiración por el Real Madrid no conoce fronteras.

Solo me faltaba vivir una temporada de remontadas. Había escuchado siempre las historias de las noches mágicas del Bernabéu en la Copa de la UEFA. Quería vivirlo, quería sentirlo, quería que fuese real. Como he dicho antes, soy un hombre afortunado, a ese palmarés le faltaba la guinda de lograr lo imposible. La Decimocuarta cumplió ese anhelo. Este libro os quiere transportar a una Copa de Europa imposible y a un camino nostálgico de cómo un escudo redondo con una corona y una camiseta blanca logran destruir a gigantes invencibles.

Solo era el comienzo

Rodrygo silencia San Siro

Era el minuto 89 y Rodrygo Goes silenciaba Milán. El Real Madrid empezaba el camino en Europa derrotando al Inter. Sufriendo una barbaridad en la primera mitad y asestando el golpe definitivo en una acción entre el brasileño, Federico Valverde y Eduardo Camavinga, quien había sido uno de los sorprendentes fichajes de la temporada. Con apenas diecinueve años, era fichado el 31 de agosto mientras el PSG rechazaba ofertas superiores a los 200 millones de euros por Kylian Mbappé. Con esa losa que desde los medios se incidía cansina y repetitivamente, se iba a afrontar la temporada sin el futbolista francés que estaba como loco por jugar junto a su compatriota, y al lado del que, hasta ese momento, era uña y carne con *les bleus*, Karim Benzema. Eduardo Camavinga fue una operación «estilo Real Madrid». Me explico, dentro del club madridista se trabaja en silencio, mediáticamente es complicado encontrar rendijas para desvelar fichajes, precios u objetivos para el futuro y siempre con una idea clara: no existen parches, existen fichajes estratégicos pensando en el medio y largo plazo». Es la clave. No llamar la atención para que el precio no se dispare y crezcan los competidores. Un seguimiento minucioso, con visitas a los familiares, encuentros con los jugadores para conocerles en profundidad: inquietudes, valores, entorno,

predisposición, exigencias. Una radiografía vital que se traslada a los dirigentes antes de dar luz verde a acometer el fichaje.

En ese entramado hay una persona clave: Juni Calafat. Encargado de peinar el mercado de jóvenes valores, de futuribles jugadores, de potenciales estrellas del Santiago Bernabéu. Vinícius, Valverde, Militão, Rodrygo, y así hasta convertir inversiones asumibles en estrellas valoradas en más de 100 millones de euros.

Estábamos en el Giuseppe Meazza, en Milán. Un estadio formidable, escenario del gran Milan de Sacchi o el Inter del triplete de José Mourinho. Era emocionante volver a disfrutar de una noche europea después de dos temporadas entrando a estadios vacíos o, directamente, viendo los partidos por la televisión, algo a lo que no me acostumbré durante la pandemia. Era ir contra natura, era asistir a un espectáculo capado, sin emoción, sin gente, sin pasión. Aquellos partidos en el Alfredo Di Stéfano ojalá no se vuelvan a repetir: tristes, sosos, sin la salsa de la gente, sin la pasión de los aficionados. Imagino que le pasaría a todos los jugadores, sin importar el club. Era como montar partidos de entrenamiento con árbitros y que sumaran puntos en una clasificación que seguía valiendo, pero no generaba la misma expectativa.

Tengo marcada una conversación con un jugador blanco durante esa etapa en la que afirmaba que era muy difícil motivarse, sin público, con el silencio estruendoso durante todo el partido, escuchando las conversaciones de los rivales, de los árbitros, de los entrenadores, incluso de los árbitros con la sala del VAR. Esa misma sensación se trasladaba a los viajes, añadiendo el factor de los controles por el COVID, los test, las mascarillas, los autobuses prácticamente fumigados para desintoxicar. Como a cualquier ciudadano, intentar vivir emociones pasadas era prácticamente imposible, había que seguir como siguió todo el planeta intentando recuperar la normalidad, pero costaba muchísimo. Por eso estar en el templo milanista era regresar a la normalidad, aunque todavía quedaba alguna restricción. Lo comenté con un compañero que, con el paso de los años se convirtió en un buen amigo,

Álvaro Montero, de Mediaset, cuando entramos y nos ubicamos en la zona destinada a la prensa. El ruido, sí, el ruido fue lo más impactante. Rememorar el grito de un aficionado cuando su equipo tenía una ocasión, el dolor de un gol en contra, el lamento de una oportunidad fallida o la ovación en una sustitución. Lo habíamos recuperado en uno de los recintos más bonitos que existen en el universo futbolístico. Y de repente, aparece un niño brasileño de apenas veinte años, y congela uno de los santuarios balompédicos. «Sufrimos, pero peleamos hasta el final. Me encanta jugar en la Champions, me encanta marcar goles en la Champions», decía el brasileño sobre el césped nada más terminar el partido. En cuanto un futbolista se enfunda la elástica del rey de Europa, el mensaje le llega rápido: se vive para la Copa de Europa. No hay más. Jugar en el Real Madrid no es fácil y asimilar esa presión que Rodrygo parecía aceptar y retar con naturalidad, mucho menos.

Recuerdo cuando llegó Nuri Şahin, una de las sensaciones en Europa. De apenas veintitrés años, deslumbraba en el Borussia Dortmund, dando la sensación de retos mayores que la Bundesliga. Futbolísticamente, un diez. Técnicamente, sobrado. Se incorporó cuando el Real Madrid era una manada de lobos a las órdenes de José Mourinho. No se regalaba nada, no se regateaba un esfuerzo, la competencia era mayúscula y los entrenamientos un reflejo de lo que se veía en el campo. Un equipo hambriento. Su mentalidad, insuficiente para triunfar en el Santiago Bernabéu. Las lesiones no le ayudaron y se convirtieron en un muro demasiado alto. Se rindió, y el tren del Bernabéu arrolla a quien no se sube a tiempo. De ahí la dificultad de acertar con un fichaje, saber si está preparado o no, si a las condiciones futbolísticas le suma la personalidad suficiente para aceptar la crítica y la presión de vestir de blanco.

Por cierto, todo aquel aficionado al fútbol debería vivir un partido en el Westfalenstadion de Dortmund. «El muro amarillo», como se conoce una de las gradas más icónicas del universo

futbolístico, es admirable. El colorido, los cánticos, los mosaicos, cómo retumba en los oídos una afición hospitalaria y resiliente al todopoderoso Bayern de Múnich. Durante muchos años he compartido viajes con el mismo cámara, Héctor Hernando, una persona con un corazón gigante y compañero de mil batallas. No es precisamente Dortmund un lugar para pasar las vacaciones, ni para elegir como escapada de fin de semana, pero allí me tocó celebrar mi cumpleaños hasta en dos ocasiones.

Siempre me he sentido una persona afortunada por disfrutar de mi profesión, pero hay fechas difíciles y ocasiones donde estar fuera de casa se hace complicado. Viajar con amigos lo hace más llevadero. Soplar velas en un restaurante italiano en Dortmund, porque no hay nada más abierto después de trabajar, junto a compañeros que terminan siendo amigos para toda la vida, hace más llevaderas las ausencias. Jaime Rodríguez, Diego Miguel Fernández, Carlota Reig, Susana Guasch, Óscar Colmenar o Eleonora Giovio saben perfectamente de qué hablo. También tiene un precio, pagas unas rondas. Eso sí, con mucho gusto. Cuando sueñas con vivir esos partidos en directo, con conocer recintos maravillosos, se pasa por alto que siempre hay un precio, en este caso, la cantidad de días alejado de los tuyos, de las rutinas, de la familia. Si a nivel profesional te llena, te completa, te estimula; a nivel personal siempre te deja un vacío importante por no poder vivir momentos importantes y perderte días señalados en rojo en el calendario. No se puede tener todo en la vida... o sí.

El Sheriff da el susto

«Al Real Madrid le falta gol», «con este equipo no le da para ganar la Copa de Europa», «te ha pintado la cara un equipo que jugaría en 1.ª RFEF en España», fueron algunos comentarios que se escucharon tras la *debacle* del Real Madrid ante el Sheriff en el Santiago Bernabéu. Sí, perdió ante un rival inferior (1-2), muy

menor, desconocido para cualquier aficionado al fútbol. Fue un accidente, de los que pasan mil veces en el fútbol: 30 disparos, 112 ataques, 13 saques de esquina, pero hay días donde está escrito que te vas a estrellar. Resulta curioso, y a lo largo de mi carrera me he dado cuenta de las ganas que hay en España de presenciar el hundimiento del Real Madrid. Cualquier derrota es una tragedia, cualquier empate, un drama y dos resultados negativos significan la demolición de la entidad. Esa derrota iba a ser argumento para los agoreros del fin del mundo blanco, para sacarle de la lista de candidatos, de favoritos para la Liga de Campeones.

«Si todos los equipos jugasen, corriesen y peleasen como lo hacen contra nosotros, habría quince equipos en disposición de ganar la Liga». Esta reflexión me la hacía un capitán del Real Madrid tras un partido de Liga donde un equipo que peleaba por el descenso se convirtió en el Inter de Milán de Helenio Herrera. Ese es el precio que tiene que pagar: no hay amistosos, no hay partidos intrascendentes. En la historia del fútbol hay equipos que no han pasado a la eternidad por alzar un título o por marcar una época, sencillamente, por eliminar al rey de Europa. Por ejemplo, el Odense danés, que se cargó prácticamente a Jorge Valdano como entrenador. Pero sí es verdad que en Europa no suele haber grandes sorpresas. Las eliminaciones casi siempre han corrido a cargo de grandes equipos, sin grandes batacazos ni eliminatorias sorprendentes. De hecho, y esperemos que siga siendo así, el Real Madrid es el único club europeo que no sabe lo que es quedar eliminado en la fase de grupos de la Liga de Campeones. Toda una declaración de intenciones, una línea roja que no ha cruzado y que ha visto caer a entidades como el Manchester United, Liverpool o Barcelona.

Por fortuna, he vivido más éxitos que debacles. No puedo olvidar la noche del Alcorconazo. La cara de Guti, los gestos de Raúl, la inoperancia de Pellegrini desde el banquillo viendo cómo se hundía su equipo. Yo estaba detrás de una portería, presenciando el desastre. Las caras en el banquillo, la rueda de prensa

de un entrenador sentenciado ya por aquella mancha histórica. Estaba naciendo un proyecto y todo podía saltar por los aires.

Pero Alcorcones ha habido muchos: Toledo, Real Unión, Leganés, Alcoyano, y siempre utilizados como arietes contra la entidad. El Real Madrid no puede permitirse perder. No se lo permiten. No se lo consienten. Al Real Madrid se le trata como al hijo perfecto que todos quieren tener y no le perdonan ni un error, ni un patinazo, debe ser ejemplar. Y esa noche, tras caer ante el Sheriff, la Decimocuarta era una quimera para cualquier analista. «¿Cómo va a ganar la Champions un equipo que pierde ante un don nadie? ¡Necesita delanteros! ¡Florentino tiene que fichar!». He asistido a mil *crisis* como esta y siempre escampa tras la tormenta. Eso sí, esos «triumfos milagro» son recuperados, homenajeados y aplaudidos temporada tras temporada. Como el anuncio de la Navidad, siempre que haya una efeméride de una eliminación del Real Madrid será traída a colación.

Por desgracia para los cenizos, la fase de grupos fue superada con éxito. El propio Sheriff era barrido por un contundente 0-3 en Tiraspol, que para aquellos que no lo sepan, se encuentra en Moldavia. Siempre hay una primera vez, y en aquel sorteo hubo que acudir al mapa para localizar la ciudad del rival blanco en la fase de grupos. El Inter sucumbiría en los dos partidos, al igual que los ucranianos del Shakhtar. Con suficiencia, sobrados, con pleno de triunfos tras aquel traspie ante los moldavos. Como escribía antes, el único equipo que jamás ha caído eliminado en esa primera criba.

Recuerdo un viaje a Moscú en 2003. Zidane, Raúl, Ronaldo y compañía se jugaban el pase a cuartos de final en el campo helado del Lokomotiv, con cerca de 5 grados bajo cero. No sentía los dedos, no podía escribir ni para hacer la crónica. El frío era terrible. Estaban contra las cuerdas, nunca habían ganado en Moscú. Si no lo hacían, adiós. Aquel viaje fue dramático por la situación clasificatoria. Los jugadores están acostumbrados a mentalizarse para partidos grandes, para eliminatorias a vida o muerte y se

les nota la tensión en el día a día, sin embargo, como aquellos equipos históricos que evitan pelear por el descenso cuando están acostumbrados a jugar en Europa, ese desplazamiento a Rusia tenía aire de partido sin red.

Las circunstancias no eran las idóneas por el frío, por el estado del terreno de juego (congelado) y también por la irregularidad que estaba mostrando el Real Madrid. Había mucho en juego, demasiado, y se sumaba una estadística de esas que le gusta romper: nunca había ganado en Rusia. No sé si calificarlo de miedo, pero sí mucho respeto, incertidumbre y dudas era lo que me transmitían los jugadores en el hotel de concentración tras el entrenamiento previo al partido. Pocas veces un futbolista blanco tiene esas sensaciones, pero aquella vez en Moscú no las tenían todas consigo. Había muchos elementos en contra para jugar con la suficiencia con la que siempre salen al terreno de juego. Cuando terminaron la última sesión sus caras lo decían todo: «Aquí es imposible jugar y nos estamos jugando la vida en Europa», confesaban en la caseta. Pero no había marcha atrás y el día del partido, antes de entrar, los aficionados rusos estaban confiados. Nos decían: «Es imposible, no podrán con el campo, ni con estas temperaturas». La verdad que aquella confianza imponía respeto, pero son pecados que se cometen, dar por muerto al Real Madrid.

Un gol de cabeza, ¡sí, de cabeza!, de Ronaldo Nazário impedía que el Borussia Dortmund ocupase la plaza de los blancos. Pero la agonía presidió los minutos finales, pendientes de las noticias que llegaban desde Milán, donde el Dortmund ganaba y un tanto del Lokomotiv echaba a los blancos de la competición. Con la crónica abierta, sin poder moverme del frío y con los rusos (petaca en mano en muchos aficionados) calentando la gélida tarde moscovita, intentaba encontrar las palabras acertadas para resumir la extrema situación. «Hemos tenido que luchar mucho ante un Lokomotiv muy fuerte que nos ha obligado muchísimo. No hay ninguna duda de que el mal estado del campo ha marca-

do el desarrollo del juego», sentenció Del Bosque una vez quitada la sogá que apretaba a la plantilla.

Kiev, un viaje especial

No se llegó a esa situación límite, pero el propio Sheriff, el Inter de Milán y el Shakhtar Donetsk acabarían por detrás del equipo de Carlo Ancelotti. Cinco victorias, incluidas los dos partidos ante los italianos, quince puntos y catorce goles a favor para certificar una superioridad incontestable. De esa fase de grupos recuerdo el viaje a Kiev. El Shakhtar Donetsk no podía jugar en su estadio por la tensión existente con Rusia. La zona del Donbás era y es un punto muy caliente entre rusos y ucranianos, y era imposible jugar allí. De hecho, por caprichos de los sorteos europeos, era la tercera vez que me tocaba cubrir un partido ante este rival ucraniano, y las tres, en tres escenarios diferentes. La primera, en Lviv, a 1.200 kilómetros de Donetsk, alejados del conflicto y de las preocupaciones. En un estadio formidable, pero en el que a la salida del encuentro tuvimos un pequeño percance con el coche de alquiler. Las frías temperaturas habían congelado el tirador de la puerta. No podíamos entrar, no podíamos abandonar el campo hasta que no solucionáramos el problema. Valga este ejemplo para ambientar lo que significa jugar a esas temperaturas. Y la tercera vez, en Varsovia, a finales del año 2022 porque, por desgracia, el conflicto ya había estallado con anterioridad. Volviendo a aquella visita de octubre de 2021 en Kiev, mientras comíamos en un restaurante próximo al Estadio Olímpico, un camarero me dijo: «Habéis estado en 2018 (final ante el Liverpool) y esta semana, si esto sigue así, vendrán tiempos difíciles». Por desconocimiento, por no estar muy al tanto de la gravedad de las tensiones entre Rusia y Ucrania, me sonó algo exagerado. Repito la fecha, octubre de 2021, cuatro meses después, Kiev era el objetivo de ataques rusos. Te cambia la perspectiva. Te hace

pensar. Somos afortunados. Me acuerdo del traductor de la rueda de prensa previa al partido, un español que se había ido a ganarse la vida allí y tenía cierta incertidumbre. La vida son momentos, por eso siempre he intentado absorber cada cultura, cada país, cada ciudad, cada estadio, y almacenarlo todo en un rincón de mi memoria. Quién sabe si sucedió una vez... y no habrá más.

De Ucrania a China

Aquel viaje a Ucrania me hizo echar la vista atrás y reordenar mentalmente cada uno de los destinos que había conocido durante dos décadas. Uno de los premios de mi carrera periodística ha sido conocer un sinnúmero de países y comprobar, en primera persona, cómo el fútbol hace olvidar el día a día, cómo la ilusión por conocer a tus ídolos o por ver al equipo de tu corazón hace que todo quede en un segundo plano. Durante mi época en el club siempre iba de la mano de un gran fotógrafo y amigo, Ángel Martínez, quien ha personificado como nadie la máxima expresión del fotoperiodismo. Siempre daba información con sus instantáneas, siempre aportaba un plus a las crónicas, noticias o entrevistas desde su visión, desde su pasión con la cámara.

El viaje en 2003 a Tailandia, concretamente a Bangkok, para disputar un partido contra una selección tailandesa, estuvo lleno de contrastes. El Real Madrid se alojaba en un hotel reservado por la organización con todas las comodidades del primer mundo. Allí tuvo un recibimiento descomunal, lágrimas, gritos, intentos de romper el cordón de seguridad mientras a los jugadores se les colgaban collares de orquídeas. Fue un tumulto de pasión, cariño y agradecimiento por la visita, aunque también fue muy agobiante para todos los que formábamos parte de la expedición. El contraste te golpeaba en cuanto salías a la calle, esos niños con camisetas falsificadas de Beckham, Zidane, Raúl o Figo no tenían acceso a lo primario, a lo básico que está al alcance de cualquiera

en el mundo occidental. Chocaba esa extrema pobreza con sus caras de felicidad, porque ese día fue inolvidable para todos. Nosotros íbamos sin la equipación oficial, pero estábamos alojados en el hotel junto a los verdaderos protagonistas y, obviamente, atraíamos a los curiosos y a los aficionados. «¿Real Madrid? ¿Beckham? ¿Casillas?». Un sí era una puerta abierta a estar cerca de sus ídolos. Nosotros metíamos la mano en el bolsillo y sacábamos un llavero o un pin que previamente habíamos pedido y los regalábamos encantados, porque no era el objetivo, era el significado lo que hacía enloquecer de alegría a esos niños que, por un momento, por unos días, olvidaban su dura realidad. Chocaba mucho, muchísimo, te impactaba, te hacía daño incluso, pero su sonrisa por tan poco, te daba a entender su agradecimiento.

Su entusiasmo quedó confirmado en el entrenamiento previo en el Estadio Nacional de Bangkok ante ¡!!!20.000 personas!!!! No debería habernos sorprendido porque la gira estaba siendo un auténtico éxito: Kunming, Pekín, Tokio o Hong Kong habían sido los destinos previos y la locura había sido el elemento en común en todos ellos. Pero Tailandia era diferente. Siento como si todavía tuviera pegada la camiseta de la insoportable humedad que sufrimos durante la estancia mientras intentábamos contar las innumerables pancartas y mensajes, la mayoría en español, de agradecimiento al Real Madrid y a los jugadores por aquellos días. La previa fue intensa, con los jugadores saludando desde el terreno de juego, mientras las autoridades respiraban aliviadas porque, aunque las previsiones se habían desbordado, no habían llegado a colapsar el aforo ni las medidas de seguridad.

Siempre intento explicar que el sentimiento de pertenencia al Real Madrid no está circunscrito a una ciudad, ni siquiera a una región, ni siquiera a un país. Puede ser igual de madridista un chico de Alicante que una mujer de Toronto, no se evalúa, no hay niveles, el sentimiento es personal y puede ser más intenso a 10.000 kilómetros de Madrid que a escasos 500 metros del Estadio Santiago Bernabéu. Por eso, cuando se habla de la universalidad de este

club, me viene a la cabeza el trayecto que hicimos desde el hotel Imperial Queen hasta el Estadio Rajamangala de Bangkok. Fueron 10 kilómetros de pasión, cariño, afecto, agradecimiento, con cientos de motocicletas acompañando al autobús de los jugadores, con la gente corriendo al lado del vehículo o asomada a los balcones de sus modestas casas, y los comerciantes saludando a la puerta de sus tiendas con la ilusión de unos niños. Era emocionante, era especial, era el trabajo de décadas diciéndole al mundo que todos tienen cabida en el Real Madrid. Esas caras las tengo muy presentes, es cerrar los ojos y volver a ese autobús que tardó casi una hora en hacer una distancia que, en condiciones normales, le habría llevado quince minutos como máximo. Pero mereció la pena, vaya si mereció.

Lo más impactante llegaría cuando empezamos a atisbar el Estadio Rajamangala. Estábamos alucinando, la gente subida en las farolas, en las torres de la luz, en los edificios colindantes para ver si podían divisar algo del histórico partido que se iba a disputar allí. Como en muchos de esos países, el ejército se había encargado del dispositivo de seguridad y se veían tanquetas, carros blindados y muchos militares ubicados en puntos clave para que todo se celebrase sin incidentes. Era el final de una gira que se había iniciado un 25 de julio e iba terminar el 10 de agosto. Exhaustos, cansados, pero impresionados por tanto cariño, se ponía fin a la primera gira del Real Madrid por Asia, que había resultado un auténtico éxito y había demostrado que el madridismo no conoce fronteras.

Cuando nos montamos en el avión que nos trasladaría a China un 25 de julio de 2003, ninguno éramos conscientes de lo que nos íbamos a encontrar. Éramos pioneros. Florentino Pérez había dado otro paso más en su gestión, había puesto sobre el mapa la posibilidad de abrir mundo y llevar el fútbol occidental a los millones de consumidores que nos apoyaban desde miles de kilómetros de distancia. Pasamos catorce horas en aquel avión, expectantes, con millones de ideas en la cabeza que desarrollar,

pero con la incertidumbre de lo que nos íbamos a encontrar. Las únicas referencias eran las conversaciones con otros compañeros sobre vivencias en Campeonatos del Mundo, lo más parecido, pero lejos nada comparable a lo que nos encontramos cuando tomamos tierra en Kunming: ¡¡Mil personas en el aeropuerto!! Sí, recuerdo preguntar al responsable de seguridad del club si seguiríamos el protocolo habitual, a lo que me contestó que según le habían informado, nada iba a ser habitual. Dicho y hecho.

Al tomar tierra y mirar por las ventanillas del avión, todo estaba desbordado, y esa sería la tónica habitual de las tres semanas de gira. Era el Real Madrid que, si ya por sí solo arrastra masas, ahora incorporaba a David Beckham. El icono anglosajón más importante en el mundo del fútbol que ha existido y, como contaré más adelante, uno de los futbolistas que más me ha sorprendido en todos estos años. Su amabilidad, su cercanía, su predisposición, su respeto a mi trabajo, siempre le colocaron en un lugar muy alto. Pero volvamos a ese recibimiento. Sin perder la sonrisa, como era característico en él, y con buen talante, el jugador inglés recibió aquellas coronas de flores a pie de pista bajo un calor asfixiante, con la seguridad del Real Madrid intentando contener a los medios chinos que, como posteriormente comprobaríamos, serían más difíciles de sortear que muchos defensas. Estábamos todos sobrepasados. El cargo de entrenador no recaía en ningún galáctico, así que toda la atención se centró en los jugadores. Carlos Queiroz, ayudante de sir Alex Ferguson durante muchas temporadas, se había hecho con el mando del equipo una vez que Vicente del Bosque finalizó su contrato y no llegó a un acuerdo para su renovación. Con el técnico portugués al frente, miles de chinos se echaron a la calle para recibir al que era Campeón de Liga y, un año antes, Campeón de Europa con aquella volea inolvidable de Zinedine Zidane, uno de los futbolistas más aclamados de la plantilla. Ese día nadie trabajaba, parecía que a todos les habían dado permiso para salir a saludar al Real Madrid. Aceras, ventanas, terrazas, coches, motos, árboles o señales de tráfico acumulaban

ciudadanos gritando, saludando y animando. El espectáculo te dejaba ojiplático. Se paró el tráfico y se formaron largas caravanas de motos y bicicletas de los que no habían podido ver el *show* del aeropuerto. Desde la bienvenida con un coro, hasta danzas, exhibiciones de sables o trompetas retumbando en el cielo, todo era desmesurado. Al igual que las peleas que se convirtieron en habituales entre los fotógrafos chinos y los miembros del ejército encargados de proteger a la expedición española. Cuando llegamos al recinto donde se iba a alojar al Real Madrid, la sensación generalizada era de incredulidad. «¿De verdad hemos vivido semejante recibimiento? ¿Ha sido un caos o un desorden organizado? ¿Estamos todos bien? ¿Estamos todos?». Aunque suene a broma, hubo recuento de personal, cada uno de su parcela, comunicación, protocolo, médicos, fisioterapeutas, utileros... Lo que habíamos vivido antes de llegar a Villa Jinhaiyuan, que era como se llamaba el complejo donde se iba a desarrollar la primera parte de la pretemporada, nos había dejado descolocados. Frenético. Espectacular. Inaudito. Inolvidable. Caótico. Cualquiera de estos adjetivos vale para recordar uno de los viajes más apasionantes de mi carrera. Después, en el Kunming Honta Sports Center, se vivirían más episodios similares que serán desarrollados convenientemente.